

LAS OTRAS MUJERES DE ESPAÑA



La valenciana por la que Sorolla bebía los vientos: “Eres mi carne, mi vida y mi cerebro”

Era, claro, ‘la Clota’, su esposa y musa. Fue ella uno de los principales artífices de su éxito, y la responsable de su casa-museo en el corazón de Madrid. No en vano él decía en broma que era su “ministro de Hacienda”. Se escribieron más de 2.000 cartas durante sus 35 años de matrimonio

Por Alicia Vallina Como decía Pérez de Ayala, «Sorolla tenía un corazón maravillosamente dotado para los afectos» y es por eso por lo que amó con enorme dedicación y pleitesía a su esposa, Clotilde García del Castillo, una valenciana discreta, pero de fuerte carácter, que manejaba con diestra firme los asuntos profesionales del genio valenciano y que fue uno de los principales artífices de su éxito.

Hombre de tranquilas costumbres, dedicado por completo al arte y la familia, Sorolla encontró en Clotilde el bálsamo que requería la exigencia personal de un oficio que le absorbía casi a tiempo completo. Cariñosa, de inteligencia natural y enormemente divertida, Clotilde admiró a su esposo hasta convertirle en inmortal para el arte, erigiéndose como la fundadora de su museo madrileño y cuyo legado hoy nos pertenece a todos. Pero Clotilde no sólo ejerció como esposa del artista, sino que fue la madre tierna y compasiva de los tres hijos de la pareja (María Clotilde, Joaquín y Elena), además de la musa del artista (a la que

tantas veces retrató en todo tipo de situaciones y actitudes) y su mano derecha en los asuntos profesionales, tramitando los pedidos de materiales artísticos para el maestro, recibiendo las visitas de coleccionistas y clientes en su estudio, llevando las cuentas del hogar (Sorolla la definía cariñosamente como su «ministro de Hacienda») y otorgando al maestro su punto de vista sobre los diversos encargos y proyectos expositivos en los que se requería su presencia.

Clotilde era de pequeña estatura, de constitución frágil, tez morena, ojos castaños y cabellos negros. Fue la tercera de los cinco hijos del matrimonio formado por el afamado fotógrafo valenciano (quien más tarde se convertiría en maestro y primer mecenas de su yerno) Antonio García Peris y de su esposa Clotilde del Castillo. El destino de la joven Clotilde lo marcó su hermano Tono, quien, al estudiar en la Escuela de Bellas Artes de Valencia, institución a la que acudía también Sorolla con apenas 15 años, les presentó. El jovencísimo Joaquín ya había llamado la atención de

su futuro suegro por su habilidad con los pinceles y por las buenas referencias que de él tenía, por lo que decidió contratarle como iluminador de sus fotografías. No en vano, de esta temprana influencia, adquirirá Sorolla un encuadre casi fotográfico en buena parte de las composiciones de sus obras. Y allí, en el estudio valenciano de García Peris, fue fraguándose una bella historia de amor entre la joven pareja que duraría toda la vida del pintor.

Conocemos la relación entre ambos gracias a las más de 2.000 cartas que se intercambiaron durante los 35 años que duró su matrimonio, solo truncado por la muerte del artista un 10 de agosto de 1923, además de por los numerosos estudios realizados por su bisnieta Blanca Pons-Sorolla y por otros grandes investigadores de la obra del valenciano, como el ya desaparecido y antiguo director del Museo Sorolla, Florencio de Santa Ana y Álvarez Ossorio.

Sorolla era dos años mayor que Clotilde y, tras un periodo de noviazgo, la pareja contrajo matrimonio en la valenciana iglesia de San Martín y San Antonio Abad un 8 de septiembre de 1888. A partir de entonces, y aunque anteriormente ya había servido como modelo para su prometido, Clotilde comenzó, lentamente y con la discreción que le caracterizaba, a convertirse en la musa de su esposo, no solo acaparando protagonismo en el género del retrato sino también en sus escenas costumbristas valencianas como en *El naranjero* o *Baile valenciano en la huerta*.

El recién estrenado matrimonio se instaló primero en Asís (Italia), gracias a la beca obtenida por el artista, otorgada por la Diputación de Valencia. Allí, y bajo una evidente situación de penuria económica, Sorolla realizó su famosa *Contadina de Asís*, dedicada a su esposa, y la acuarela *Clotilde en la ventana*.

El matrimonio regresó a España en 1889, primero a su amada Valencia para, posteriormente, afincarse definitivamente en Madrid, donde el artista podría alcanzar mayor popularidad y desarrollo profesional. Al año siguiente, en el mes de abril, nació su primogénita María Clotilde, una niña enfermiza que sufriría de tuberculosis, lo que provocó la preocupación desde siempre de su madre. Sorolla comenzó entonces a despuntar en el mundo del arte, los encargos aumentaban y las ausencias también. Y así, también creció la correspondencia entre ambos, con un Sorolla siempre preocupado por la fragilidad de su pequeña y con una madre amantísima, dulce y tierna con su delicada hija.

Clotilde firmaba sus misivas con el apelativo cariñoso de *Clota* y hasta el propio Sorolla llegó a llamarla «mi fea» en su correspondencia. El pintor le enviaba flores con asiduidad cuando se encontraba fuera de casa (especialmente claveles, azahar y violetas, las favoritas de Clotilde) y no podía pasar un día sin que le escribiera para contarle cómo había ido su jornada de trabajo y expresarle sus anhelos y preocupaciones. Pero Clotilde no sólo compartió con su esposo sus dudas e inseguridades sino también sus éxitos profesionales y el gran reconocimiento del que el valenciano pudo disfrutar en vida. Así, por ejemplo, cuando Sorolla obtuvo la medalla de Honor en la Exposición Universal de Chicago en 1893 por su primera obra impregnada de un fuerte realismo social titulada *¡Otra Margarita!* (en alusión a la amada de Fausto en la célebre obra de Goethe), el pintor escribió a su mujer haciendo hincapié en que el triunfo era logro conjunto: «Supones bien, querida Clotilde, al pensar que debo estar muy contento. Verdaderamente lo estoy y mucho, y más cuando, como tú dices bien, no lo esperaba. Te felicito, pues a los dos nos pertenecen por igual

tanto las alegrías como las tristezas».

Otro de los momentos más dichosos para la familia fue el nacimiento de la última de sus hijas, Elena, cuyo momento inmortalizó el genial pintor en una de las obras más entermedoras de la pintura española de entre siglos. *Madre*, realizada en 1895 (aunque parece ser que la cabeza de la niña fue finalizada en 1900), es un canto a la maternidad de su esposa que, agotada por el esfuerzo del alumbramiento, descansa envuelta entre sábanas de un blanco luminoso junto a la recién nacida, de piel rosácea y tranquilo y dulce gesto. Porque para el artista, Clotilde no solo era su musa y la madre de sus hijos, era la razón de su vida y ella le confería el más alto de los peldaños en la escalera de sus afectos: «Todo mi cariño está reconcentrado en ti y, si bien los hijos son los hijos, tú eres para mí más, mucho más que ellos, por muchas razones que no hay para que citarlas, eres mi carne, mi vida y mi cerebro», escribió el artista durante sus frecuentes separaciones. Por ello, procuraba siempre complacerla a su regreso, agasajándola con afeites, trajes de las firmas más elitistas y los más bellos sombreros con los que siempre solía retratarla en composiciones como *Clotilde con traje de noche* o *Clotilde sentada en un sofá amarillo*, ambas de 1910.

Sin embargo, no sólo el maestro retrataba a su esposa como una mujer sofisticada y moderna, sino también realizando las ocupaciones propias de su día a día, leyendo (como en *Clotilde leyendo en el estudio*), cosiendo, disfrutando de una agradable tarde de playa (como en *Paseo a orillas del mar*, donde Clotilde se acompaña de su hija María, ambas en la valenciana playa de la Malvarrosa) o gozando de un día de asueto en el jardín de su casa madrileña. «Pintar y amarte, eso es todo, ¿te parece poco?», decía Sorolla a su esposa en su correspondencia.

Clotilde fue también crucial en el éxito artístico de su marido y se encargaba de organizar los listados y envíos de las obras del maestro a las distintas exposiciones que celebraba por todo el mundo. Esto contribuyó, sin duda, a favorecer el éxito en su trabajo y a otorgar a la familia una holgada posición económica de la que disfrutarían durante buena parte de su vida. Así, por ejemplo, Clotilde se encargó de llevar a cabo los listados de las 464 obras que Sorolla presentó a su primera gran exposición individual en la galería parisina Georges Petit en 1906 y en la que

ganó algo más de 200.000 francos.

Clotilde comprendía muy bien la pasión que su esposo sentía por la pintura y cómo ésta se había convertido en una obsesión para él que le privaba de compartir muchas horas con ella y sus tres hijos. Jamás le reprochó nada. Al contrario, le acompañó y alentó en la difícil ta-

tura te has expuesto, siendo lo más gracioso que no puedo ni debo quejarme sino desear que mientras vivas no pierdas esa ilusión, que es para ti el todo en este mundo».

Pero Clotilde era, además, quien bajaba a la tierra al artista y quien le hacía no perder nunca el contacto con la realidad. En muchas oca-

belta, plena de la serenidad con la que generosa le acompañaría durante los tres años en los que duró su triste decadencia. Siempre al lado del pintor, Clotilde concibió en su mente la idea de convertir su casa madrileña en un museo que perpetuara la figura de su esposo, y así lo dejó escrito en el testamento que firmó en 1925, solo dos años después del fallecimiento de Sorolla, entregando al Estado español la casa familiar y sus colecciones.

Clotilde murió una noche de reyes de 1929 y su legado fue aceptado por Real Orden del 28 de marzo de 1931. El museo Sorolla se inauguró el 11 de junio de 1932 bajo la dirección de Joaquín Sorolla García, único hijo varón del matrimonio. Lo había dejado escrito en su testamento la propia Clotilde.

Serena, talentosa, inteligente y siempre en un segundo plano, Clotilde intentó pasar desapercibida en medio de la vorágine de popularidad que sacudió a Sorolla, a pesar de que su legado marcó un hito en la historia de los museos en España, con-

LA MUSA TOTAL DEL PINTOR DE LA LUZ

Clotilde García del Castillo fue la musa absoluta de Joaquín Sorolla, quien la agasajaba con los mejores vestidos y sombreros, y después la pintaba con sus mejores galas, con mantilla, con traje de noche... Pero, quizás, el cuadro más luminoso fue el titulado 'Madre' (1895), en el que la retrata tras dar a luz a su primogénita.

virtiéndose en un referente aún hoy en el género de casas-museos que por entonces era escaso y aún muy desconocido.

«¡Me gustaría tanto que no se acordasen de mí! He nacido yo tan poco para estos jaleos; ser mujer de un gran artista como es mi Joaquín y estar siempre en el rinconcito metida es muy difícil». Seguro que debió serlo, pero Clotilde no consiguió su objetivo. Su recuerdo sigue aún muy vivo entre las paredes de la casa museo en el año del centenario del fallecimiento del maestro. De hecho, el Museo Sorolla de Madrid continúa con el legado de Clotilde mientras trabaja, in-

cansable, con un excelente equipo de profesionales al frente, en iluminar la historia de uno de los más importantes artistas españoles del arte contemporáneo. Un lugar para mentes despiertas que con curiosidad se acerquen a descubrir la luz de Valencia bajo la sombra de una mujer que siempre camina delante del genio. @AliciaVallina



rea a la que están abocados los genios, e incluso aceptaba con humor el que tenía perdida la batalla que la enfrentaba al arte: «Me alegro estés ya bien de tu pequeña molestia y deseo que mi rival no te obligue a hacer imprudencias que pueden ser en contra de tu salud. Realmente es un rival terrible pues no te expondrías por mí lo que por la dichosa pin-

siones le acompañaba junto a sus hijos en sus viajes y compromisos profesionales, procurando limitar las separaciones que se convertían en verdaderos calvarios para el artista, hombre de familia como era.

Poco antes de sufrir la hemiplejía de la que jamás se recuperaría, Sorolla retrató a su esposa con mantilla negra española, bella y es-